

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

ALGO EN PROSA
Y EN VERSO

INÉDITO.

PUBLICADO POR SUS HIJOS

PARA CONMEMORAR

EL PRIMER ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO.



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FE

1883

ALGO EN PROSA Y EN VERSO

RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

ALGO EN PROSA

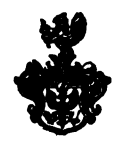
Y EN VERSO

INÉDITO.

PUBLICADO POR SUS HIJOS

PARA CONMEMORAR

EL PRIMER ANIVERSARIO DE SU FALLECIMIENTO.



MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
1883

Imprenta de A. Pérez Dubrull: Flor Baja, 22.



AL QUE LEYERE.

SI siempre es empresa ardua escribir un prólogo, por la dificultad de ó no decir nada ó decir tal vez demasiado, esta dificultad se hace casi insuperable en la ocasión presente.

Hijos de una persona que supo crearse un nombre ilustre como literato y como buen patricio, que al par que nos enorgullece nos abruma, si el cariño y el respeto que le profesábamos como amantísimo pa-

dre nos obliga á mucho, eso mismo nos veda decirlo. Nos limitaremos, pues, á consignar en esta ligera introducción que, tratando de honrar la memoria tan grata para nosotros del que, desgraciadamente, desapareció de nuestro lado, hemos hallado, revolviendo entre sus papeles, que tan ordenadamente guardaba, algo, no todo lo que merece publicarse, y que no lo había sido por la innata y quizás excesiva modestia que resplandecía en quien *«no fué nada..... absolutamente nada, ni siquiera jefe político,»* como decía en 1842, y cuya tumba ostenta por toda humana grandeza á los cuarenta años de distancia, el pseudónimo de *El Curioso Parlante* y el título único de *Cronista de Madrid.*

Fruto de dicho examen es el presente pequeño volumen.—En él, como se verá, se coloca alguna composición poética en aquel chispeante y natural estilo que solía emplear el autor de *Las Escenas Matritenses* y de las *Memorias de un Setentón*, y á su lado otras escritas en sus juveniles años con tal deli-

cadeza y sentimiento, que más de una vez han hecho brotar las lágrimas de nuestros ojos, y que parecen desmentir el dicho del librero Juan de la Cuesta á Cervantes, que el autor se aplicó en una ocasión: «De la prosa de vuesa merced se puede esperar algo; de sus versos, nada.»

Insertamos también un fragmento, en su castizo lenguaje, del humorístico *Viaje de los dos donceles*, hecho en el año de 1843, con su cariñoso é inseparable amigo, que era para él como un hermano, D. Francisco del Acebal y Arratia, que cooperó con nuestro buen padre y con el Marqués de Pontejos, á la fundación de la Caja de Ahorros. Por último, incluímos asimismo el Discurso de Recepción en la Academia Española, estudio acabado y sin pretensiones sobre la novela y las condiciones que creía deber llenar en España, género literario aquel á que siempre tuvo manifiesta predilección, condoliéndose en sus últimos años de no haberlo cultivado.

Si la tristeza que nos rodea, y el temor de

que, tal vez fiados sólo á nuestra propia inspiración pudiéramos equivocarnos, no nos lo impidieran, más hubiéramos hallado digno de los honores de la publicidad, como por ejemplo, una curiosísima colección de voces para formar un diccionario de costumbres nacionales, que titulaba *La vida española*, y otra de epígrafes ó títulos de artículos de costumbres de los que hizo mención en el tomo de sus obras, *Tipos y caracteres*, y que revelan lo que hubiera podido llegar á ser, desarrollada, la idea que los produjo.

Tiempo vendrá, Dios mediante, en que vayan saliendo los que él llamaba «Borradores de los pocos años,» que más parecen obra de una profunda observación y estudio, y que seguramente habían de excitar curiosidad en el público, como la excitarían todos los proyectos, realizados muchos, debidos á su fecunda iniciativa y relativos á Madrid, que hoy yacen arrumbados en su despacho; la numerosa colección que poseía de grabados, muchos de ellos interesantes retratos,

y la tal vez más completa que exista de autógrafos de los nombres más ilustres en las letras, las ciencias, la política y las artes.

La insignificancia de nuestras fuerzas no nos permite honrar á nuestro querido padre de otro modo, más que dando á conocer lo que en su modestia había guardado oculto, y ofreciéndole, en este triste día, el tributo de nuestras lágrimas y oraciones.

30 Abril 1883.





VIAJE DE LOS DOS DONCELES

(Fragmento.)

En el nombre sea de Dios: aquí comienza el libro de las Jornadas que fizieron juntos los dos donceles, naturales de sus tierras y visitadores de las ajenas, con sus largas peregrinaciones por mar é por tierra, contentamientos y congojas, acciones y discursos, todo según aquí se relata para desagravio propio y escarmiento ajeno, y en el mejor servicio de Dios Nuestro Señor, y de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica; y dice así: Domingo á dos días del mes de Abril, del año del Señor de mil y ochocientos y quarenta y tres años, salieron de la villa y Corte imperial de Madrid, los dos donceles, Francisco y Ramón, mancebos de

quarenta años, dos más ó menos, jóvenes inexpertos en las malandanzas de este mundo pecador, poco adiestrados en sus malas artes y tropelias, los cuales ganosos que eran de ver tierras y visitar extrañas gentes, con la gracia de Dios, y la pía en el alma, partieron de esta tierra de Madrid á las doce del mediodía del ya dicho día dos de Abril, Domingo del Señor dedicado á su santa pasión, quinto de la Cuaresma, en que la Iglesia vela los santos altares, y porque comience y tenga principio esta sabrosa y deleitable narración, atajaremos aquí el introito, y empezaremos con el auxilio de Dios la relación de los viajes y aventuras de los dos donceles, que, compulsados de sus apuntamientos y memorias, dicen ni más ni menos de esta suerte:

JORNADA PRIMERA.—*De cómo los dos donceles salieron de la villa y Corte de Madrid, para la imperial ciudad de Sevilla, y de las cosas notables que en ella vieron y celebraron, con lo demás que verá el curioso lector.*

Mediodía era por filo, las doce daba el reloj cuando los dos supradichos donceles abandonaban las invictas tapias, que no muros, de la imperial Corte de las Españas, cómodamente asentados en el delantero de una carroza arrastrada por seis, si no eran siete, mulas de colleras, y

helos aquí caminando mano á mano con su independencia, por las tranquilas orillas del Manzanares, luego las del Tajo y los sombríos bosques de Aranjuez, salvando las enojosas llanuras de la Mancha, ricas en delicados vinos, cuanto escasas de potables aguas, y dando, en fin, vista á las pintorescas colinas y erizadas cúspides de la fértil Sierra Morena. Deleitaba su vista y nutría su imaginación el alternado espectáculo de los campos sembrados, de los montes incultos, de los pueblos y caseríos, de los ríos y cascadas, y dábanse por contentos de haber abandonado el burdel de la Corte, donde sus almas inocentes yacían acongojadas, entregándose hora libremente á la contemplación del risueño espectáculo que naturaleza próvida brindaba á sus ojos. Salvaron, embebecidos en estos pensamientos, el escabroso tránsito de Despeñaperros, las poblaciones nuevas de la Carolina, Guarromán y los Carboneros, los famosos campos de batalla de las Navas de Tolosa, y los no menos célebres de Bailén, y se complacieron en el aspecto risueño de esta villa, la primera que se ofrecía á sus miradas de la hermosa Andalucía. Dieron más adelante vista á la antigua Astigis, ó sea Andújar, asentada en una fértil llanura; recorrieron sus tortuosas y animadas calles, visitaron sus plazas, célebres por los tor-

neos y justas en ellas celebrados antiguamente; admiraron sus morunos monumentos y contemplaron con entusiasmo el curso apacible del caudaloso Betis, padre de la fertilidad y de la sacra poesía. Pasaron de allí al través de aquella tierra de promisión, hasta ver desplegarse ante sus ojos las ricas dehesas de Alcolea, célebres por sus ponderados corceles; el soberbio puente que los romanos envidiarían, y allá en el fondo las hermosas sierras de Constantina, y la gran ciudad de Córdoba, corte magnífica de Abderramán y de Almanzor. Visitaron en ella con religioso respeto la soberbia mezquita, hoy catedral, donde el hijo del Oriente desplegó toda la pompa y poética grandeza de su rica imaginación; y sentados al pie de las palmeras y naranjos del famoso patio, meditaron largo rato sobre las vicisitudes de los imperios y sobre la historia de las artes. Saliendo luego de Córdoba, no tardaron en dejar sobre la izquierda la gran fortaleza del Carpio, rica en leyendas caballerescas, y otros cien pueblos y campiñas, todos célebres en nuestra historia, y engalanados con las flores de la poesía. Écija les abrió luego sus puertas, y más allá la elevada Carmona, centinela avanzada de la gran Sevilla. Por último: después de atravesar los fértiles campos de Mairena y del Viso, y la risueña comarca de Alcalá de Guadai-

ra, contemplaron absortos el magnífico espectáculo de la grande Hispalis, con sus cien torres, palacios y monumentos, y su gran Giralda, que domina y enseñorea toda aquella inmensa decoración.

Lo primero que sedujo las miradas codiciosas de ambos donceles en la capital de Andalucía, fué el aseado primor de las casas edificadas á la manera oriental, con su sencilla fachada, su zaguán enlosado de ricos mármoles, y acotado por una laboreada y primorosa cancela, ó sea reja de hierro, toda hecha con delicada labor, al través de la cual se despliega á la vista el cuadrado patio-jardín, circuído de rico mármol de Génova, y ostentando en el medio una elegante fuente, con su taza también de mármol, y perpetuamente corriendo en graciosos saltadores, que encantan la vista con sus juegos y templan con su frescura los ardores del estío. Añádase á todo esto la suntuosidad y regalo de los ricos muebles, estatuas, pinturas, tiestos y jarrones que decoran el patio, la gran vela ó toldo de colores que le cierra por arriba á los rigores del sol, los faroles de colores que le alumbran durante la noche, y la animación, en fin, que les presta la presencia de las bellas y engalanadas damas que en ellos reciben sus visitas, hacen sus labores ó se acompañan al clave, y se formará una idea

aproximada del espectáculo que ofrece aquella ciudad oriental, aquella vida pública y transparente, aquel concierto unánime de goces y sensaciones. Por un contraste difícil de explicar, las calles de Sevilla son, en lo general, las más estrechas, tortuosas y mal empedradas de Europa, al paso que las casas podrían disputar á las más bellas y ricas del mundo. La policía urbana compite en descuido y abandono, con el aseo y elegancia de los ciudadanos en el interior de sus mansiones. Éstas, embaldosadas de ricos mármoles, decoradas con exquisito gusto, son realmente la antítesis más perfecta del maldito empedrado de las calles, sus agudos guijarros, su desnivel y repugnante aspecto. Las fachadas sencillas y hasta pobres de las casas, contrastan igualmente con su cómodo interior; la uniforme blancura de las tapias desnudas de adornos, la sencillez de las rejas y balcones sólo disimulada con los tiestos y flores que los adornan, no permitirían adivinar las exquisitas labores, los lujosos atavíos que estas mismas habitaciones ostentan en su interior. Sería por demás el relatar aquí el intrincado laberinto de las calles ó callejuelas de aquella antigua ciudad; sus complicados giros y correspondencias, círculos y rodeos; su estrechez é irregularidad, que, si bien sirve á templar los ardores del estío y hacer grata su frescura al

cansado paseante, concluye por desesperarle con su complicada eternidad. El hilo misterioso que condujo á Teseo en el laberinto de Minos, se quebraría acaso y enredara en el caprichoso giro de aquellas quinientas ó más calles anónimas, en las cuales los propios ciudadanos conocen sus casas solamente por tradición, sin que á nadie le sea dado señalarla con señas fijas, pues números y rótulos y demás indicaciones que en los demás pueblos señalan la vía al infeliz forastero, todo allí desaparece y se confunde ante la despiadada escoba impregnada de cal de Morón, que, día y noche agitada por manos profanas, barre y jalbega casas y monumentos, y mármoles y mosaicos, y entallados y arabescos. ¡ La cal de Morón !.... He aquí el presente que la civilización moderna ha hecho á Sevilla ; he aquí el tirano despiadado á quien parece cometida la obra fatal de borrar sus recuerdos, su historia y su poesía.—El transcurso de los siglos que han pasado desde la época de su grandeza, no ha causado en ella tan gran detrimento como la escoba niveladora, que manos impías han paseado, no solamente por calles y casas, sino también por los regios alcázares y asombrosos templos, que fueran por su delicada labor la gloria de los pasados y el oprobio de los presentes. Aun después de esta inmunda profanación, ¿quién podrá mirar

con ojos indiferentes aquella grandeza y señorío del suntuoso Alcázar, cuyos elegantes patios, jardines y aposentos recuerdan la historia sanguinosa de D. Pedro I, sus criminales amores, atentados y tiranía? Aquí, en este regio salón adornado con mil caprichosas labores en el gusto arabesco, sostenido por elegantes columnas, hermoseado con mil vistosos colores, daba solemne audiencia á los enviados de los otros soberanos, que reconocían la férrea dominación del terrible monarca de Castilla. Más allá, en aquella sala baja que da salida al patio llamado de las Muñecas, ejercía sus sangrientas venganzas, que alcanzaron hasta sus propios hermanos; en aquellos extensos y admirables jardines celebraba sus orgías con las Padillas y Guzmanes; desde aquella azotea dominaba la extendida ciudad que hacía temblar bajo sus pies. Hoy, de la magnífica pompa de aquel regio alcázar, sólo quedan algunos fragmentos mutilados y desfigurados.





MI DESVELO.

¡Ay de mí! La noche pasa,
Y el sueño á mis ojos niega
Su consuelo;
Al incendio que me abrasa
De una luz á la otra llega
Mi desvelo.

¿Qué tormento irresistible;
Qué pena ¡cielos! es esta,
Qué dolor?
Si es amor, amor terrible,
Amor que lágrimas cuesta,
Funesto amor.

¿Y esta es la pasión que un día
Tantas horas de ventura
Me ofreciera?
¿Y esta la que bendecía
Anegado en su dulzura
Placentera?

No, no es esta aquella calma,
Aquel estado dichoso,
Lisonjero,
Que pudo inspirar al alma
Un encanto bullicioso,
Pasajero.

Más profunda es hoy la herida
Que al incauto pecho mío
Traspasó;
Último amor de mi vida,
Verdugo de mi albedrío,
Ya llegó.

En vano del pecho altivo
Quiérole lanzar osado:
¡Necio intento!
Si vivo, por él ya vivo,
Él es mi numen, mi hado,
Él es mi aliento.

La *fatalidad* entrega
La mariposa á la llama
Matadora,
Y volando en torno ciega,
El mismo fuego que ama
La devora.

De *fatalidad* guiado
Vi tu hermosura terrible;
Quísela huir;
Mas luego vuelvo á tu lado,
Y á tu fuego irresistible
Vengo á morir.

¿Quién ¡ay! resistir pudiera
Ese mirar halagüeño,
Soberano,
Y esa tu voz placentera,
Más dulce que el primer sueño
Del humano?

Si *Bellini*, el lastimero
Son de tu sensible canto
Escuchára,
En el fuego en que yo muero,
Agitado en dulce llanto
Se abrasára.

Tú, melancólica luna
Que te oistes implorada
En fiel quejido,
¡Dime tú, si hay voz alguna
Que ser pueda comparada
Á aquel sonido!

¡Oh! si tan divino acento
Pudiera la lira mía
Imitar,
¡Con qué puro sentimiento
Á ti ¡oh luna! elevaría
Este cantar!

Casta diosa, que iluminas
Desde el trono rutilante
Mi dolor,
Á esa lumbre que fulminas
Dame á ver aquel semblante
De mi amor.

Templa ¡oh diosa! el desvarío
Que inhumano me condena
Al desvelo,
Y en el triste pecho mío
Haz brillar la paz serena
Que en el cielo.



EN LA MUERTE

DE

MI AMIGO CAYETANO GIRONDA.

ODA.

LLAMA consoladora
De la santa amistad, lumbre sagrada,
¿Dó te escondes ahora?
¡Ay! Te siento apagada,
En mis lágrimas tristes anegada.

La paz y la alegría
De mi pecho infeliz huyó contigo
Cuando la muerte impía
Cebándose conmigo,
Descargó el golpe bárbaro en mi amigo.

¡ Ay! ¡ Cómo su partida
En soledad y en llanto me ha dejado!
Mi desgraciada vida
Hallaba en él su agrado;
Hora sólo las penas la han quedado.

En vano su venero
Me ofreciera la mina peruana;
Téngase su dinero
El que por él se afana;
Yo desdeño de aquí su gloria vana.

Y muy más preciaría
Tornarte á ver con vida, amigo caro,
Una hora, un sólo día,
Que el tesoro más raro
Que guarda en fuertes cofres el avaro.

Ni ya la encantadora
Ciencia, inflama mi mente cual un día;
Aborrézcola ahora
Al ver que no podría
Estudiar en tu grata compañía.

Las musas bulliciosas
Que antes me dieran sin igual contento,
Ya las encuentro odiosas;
Y si cantar intento,
Sólo me inspiran fúnebre lamento.

La música resuena
Del divino Rossini, en mis oídos;
Mas sin tu voz serena
Me parecen gemidos
Los sones, otro tiempo tan queridos.

De pueblo numeroso
Veo llenarse el apacible Prado.
Contento y bullicioso;
Yo tan sólo callado,
Hallo desierto el uno y otro lado.

Cual mísero viajero
De horrenda tempestad acometido,
Al ver el rayo fiero
Que el árbol ha partido
Cae en la dura tierra sin sentido,

Tal en mortal desmayo
Quedé yo cuando el árbol de tu vida
Al furibundo rayo
De la muerte atrevida,
Vino al suelo en horrísona caída.

¡Oh! ¡Cuánto más dichoso
Fuiste, amigo, que yo! Fuiste el herido;
Mas el golpe horroroso
Apenas fué sentido
De ti; yo, yo tan sólo le he sufrido.

Tú partes, Cayetano,
Y no sientes partir; pero ¡ay! mi queja,
Mi llanto, no es en vano:
¡Feliz el que se aleja!
¡Desgraciado de aquel á quien se deja!





DISCURSO

QUE LEÍ

EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA

EL DÍA DE MI RECEPCIÓN.

(17 DE MAYO DE 1838.)

EXCMO. SR. :

Si el ardiente deseo que me anima de expresar á la ilustre Academia mi respeto y gratitud por el singular honor que acaba de dispensarme, no moviera mi pecho é impulsara mi natural cortedad á dirigirla mi voz en este momento, tarde ó nunca me hubiera decidido á verificarlo, por el íntimo convencimiento en que estoy de lo disonante que forzosamente ha de parecer, en un recinto y ante una asamblea acostumbrados á escuchar las más

profundas observaciones en boca de los ingenios más ilustres del país.

Sin embargo, la consideración que dejo expresada, y la persuasión de que el verdadero saber se hermana naturalmente con la tolerancia y la benevolencia (de que tanto necesito en esta ocasión), disipan del todo mis temores, y me determinan, en fin, á cumplir un deber grato á mi corazón, fácil, por consecuencia, á mi pluma.

Pero la obligación que en este momento desempeño no puede limitarse á expresar, siquiera débilmente, el movimiento de gratitud que enseñorea mi alma. En este punto, fácil me sería dejar correr el discurso y amontonar páginas que, cuando no otra cosa, llegaran á demostrar á esta ilustre corporación que no acaba de permitir á un ingrato la entrada en su recinto; más difícil, empero, es el deber que estoy llamado á desempeñar: trátase de demostrar, en presencia de tan respetable auditorio, alguna parte por lo menos de la suficiencia que debiera tener para hacerme digno de él, y aquí es donde el ánimo desmaya y se detiene prudentemente la pluma, como reconociendo su pequeñez para tamaña empresa, como avergonzándose de su propio atrevimiento.

Con efecto, Excmo. Sr., y protestando de

antemano contra la necesidad de ocupar por tanto tiempo la atención de V. E. hacia mi propia persona, séame lícito, por lo menos, aspirar á interesar la indulgencia de la Academia, con una declaración que pueda servir en adelante de excusa de mis cortos servicios á la misma, de testimonio de mi justa y no afectada modestia.

Guiado únicamente por un amor irresistible hacia las buenas letras, pero careciendo absolutamente de la educación literaria que debe formar la base del sólido saber, me veo como por casualidad y acaso sin intención, en el caso de otros muchos jóvenes que, sin la debida meditación, nos hemos arriesgado á la ardua empresa de continuar el cultivo de nuestra literatura patria, sin tener en cuenta que recibimos esta hermosa planta robusta y lozana, de manos de tantos y tan distinguidos sabios como hasta el día la hicieran florecer, y que acaso en las nuestras, inexpertas, se ve expuesta á perder su brillo antiguo, ó á tomar desgraciadamente una torcida dirección.

El genio creador, este sublime destello de la divinidad, repartido casi por iguales porciones á todos los países, á todas las edades, no escasea, es verdad, en la generación presente, ni debe suponerse agotado con los trabajos de los

hombres que pasaron; pero este mismo genio, cuando no se halla ayudado y desenvuelto por el estudio; cuando no se le sabe dirigir por la estrecha senda de la razón, llegaría á ser más bien un arma mortífera para las letras, un torrente devastador en que venga á peligrar hasta la misma virtud.

De aquí la razón por la cual es preciso no fiarse únicamente á aquel magnífico presente de la naturaleza, sino ayudándole con el apoyo del estudio, revistiéndole con las armas tutelares de la razón, á fin de que, por tan envidiable conjunto, pueda resultar el hombre superior capaz de cumplir el alto destino que la Providencia quiso señalarle: el de ilustrar á sus semejantes, y procurar la mejora de su condición y de su carácter.

Hubo un tiempo en que la sencillez de las costumbres y la ignorancia casi general en la especie humana, hicieron más fácil al escritor la noble tarea de reducir á doctrina el espíritu sublime de la filosofía y la virtud; un gracioso apólogo, un canto popular y sencillo, una lección moral, apenas disfrazada bajo una ligera acción; tales y tan inocentes medios pudieron bastar en la infancia de las sociedades para combatir el vicio, para interesar á los hombres y hacerles amable la virtud. Pero á medida que la

humanidad fué adelantando en la noble conquista de la civilización, á medida que sus conocimientos fueron extendiendo los límites, creció y se desarrolló con más fuerza la exigencia del hombre, su arrogancia, sus dudas; y vino, por lo tanto, á ser más ardua la empresa de comunicar dirección conveniente á una masa, no ya apacible y sencilla, sino audaz, incrédula y desdeñosa.

Muy diversos caminos siguieron las letras para contribuir por su parte á tan importante fin; la elocuencia, apoderándose de las severas armas del raciocinio, aspiró á convencer con el argumento y la reflexión; la historia, descubriendo las páginas del libro del tiempo, se sirvió para el mismo objeto de las lecciones de la experiencia; la poesía apeló al entusiasmo generoso, para ensalzar y proponer por modelo las acciones de los héroes; el teatro, en fin, y la novela fabulosa, ofrecieron al pueblo situaciones análogas á su vida social; fisonomías iguales á su propia fisonomía; un espejo, en fin, en que, pudiendo ver reflejados sus propios movimientos, aprendiese á corregirlos, no por persuasión ajena, sino por propia convicción y desengaño.

Bajo este punto de vista, no puede negarse al teatro y á la novela una importancia suma en la educación moral de las modernas sociedades, un

lugar distinguido en el magnífico cuadro de las conquistas de la humana inteligencia. Y pues el giro de mi discurso me ha conducido naturalmente hacia aquel ramo de la literatura á que más se inclina mi afición, pido á la Academia se sirva permitir que me detenga algún tanto en él, descartando, para no ser tan molesto, la parte relativa al teatro, y limitándome únicamente á emitir mi pobre opinión respecto al otro extremo de la literatura, que tan importante supongo, y que expresamente conocemos bajo el título de *Novela*.

En tres diversas clases puede dividirse la composición que desde los principios de la literatura, tuvo por objeto reproducir en un cuadro de invención los diversos matices del humano carácter y las vicisitudes de la vida social. La novela fantástica ó maravillosa; la novela de costumbres, y la histórica ó tradicional. Procuraré coordinar, aunque sea débilmente, algunas de las ideas que sobre estos tres géneros he llegado á formar, aspirando, por consecuencia de mi discurso, á averiguar cuál de ellos reune condiciones preferentes para el objeto á que está destinado.

La novela fantástica que, al renacimiento de las letras en la moderna Europa, pretendió cautivar la atención del vulgo, realzando la condi-

ción humana con formas maravillosas, creando á su antojo seres ideales y sobrehumanos, tuvo, sin duda alguna, por objeto principal, materializar las tradiciones de los pueblos, excitar su entusiasmo, halagar sus preocupaciones, y apoderarse, en fin, de su ánimo por los mismos medios que el poema heroico lo había conseguido en otros siglos.

Los idiomas modernos, aún no acabados de formar, oponían á las formas poéticas su rudeza natural; la religión cristiana con su severidad filosófica había sustituído al Olimpo de los griegos; los pueblos modernos, acostumbrados á un estado de perpetua guerra, tributaban al valor una adoración entusiasta; y guiados por un espíritu caballeresco y galante, doblaban únicamente la cerviz ante el sublime espiritualismo de la fe, ante las galas brillantes de la hermosura.

Á falta de Homeros que con divino plectro pudieran ensalzar los combates de los pueblos, pudieran lamentar los amores y desgracias de los héroes, las novelas caballerescas vinieron á llenar este vacío, y á ofrecer al pueblo, bajo formas gigantescas, aquellos objetos de su admiración y de su entusiasmo; personificando en sus andantes caballeros el valor indomable que desprecia y acomete los peligros más inauditos; la religiosidad de la creencia que domina y di-

rige los atrevidos deseos del corazón, y aquella pura llama que el amor enciende en los pechos generosos, y viene á purificarlos del aliento emponzoñado del vicio.

La exageración, empero, de aquellas fábulas llegó á su colmo, en manos de la osada medianía; y como de ordinario acontece, no tardó en ceder á su propio peso, convirtiendo en ridículo aquello mismo que en su origen pudo mirarse como sublime. Las generaciones siguientes, más ilustradas y filosóficas, no se prestaron ya tan dócilmente á los extravíos del ingenio; quisieron averiguar la razón por qué así se abusaba de su credulidad y buena fe; buscaron, aunque en vano, en todas aquellas composiciones la verdad como medio, la moral y la filosofía como fin; hasta que, impulsadas por un hombre superior en quien parecían haberse reunido todo el estudio, toda la filosofía de los siglos posteriores, reconocieron al fin su error, lanzaron de su imaginación aquel pertinaz ensueño, aquellas fantásticas visiones, aquellos misteriosos emblemas; vieron en su lugar el mundo positivo, con sus ridiculeces y sus vicios, su virtud y su flaqueza; y siguiendo maquinalmente el estandarte de la verdad desplegado ante sus ojos por aquel genio sublime, la Europa entera pronunció con veneración el nombre de Cer-

vantes, y recibió lecciones de cordura de la boca del más ingenioso loco.

Una vez desterrada de la literatura la novela maravillosa, convirtióse la atención de los autores hacia la pintura sencilla de los usos populares, de los caracteres comunes en la sociedad, y là novela de costumbres, con su ingeniosa trama, su verdad é intención filosófica, logró muy pronto clasificarse entre los ramos más importantes de las buenas letras, y uno de los que más favorecen el desarrollo del ingenio y el cultivo del idioma, sin afectación y sin descuido.

Á la irresistible simpatía que naturalmente excita un cuadro verdadero, una acción fácil y verosímil, personajes semejantes á los que existen en toda sociedad, escenas y diálogos llenos de animación y movimiento; ¿cómo habían de resistir en siglos más adelantados las narraciones extravagantes, los personajes mitológicos, los héroes y gigantes invulnerables, los mágicos palacios, y toda aquella batahola de duendes y fantasmas que campeaban en los libros heroicos, envueltos en la densa nube de las retóricas figuras y de un estilo hinchado y campanudo?

Sin embargo, la novela, purificada ya de todos aquellos errores, y reducida á su verdadera condición de retratar á la sociedad tal

cual es, no tardó en caer en nuevos extremos, que llegaron á hacerla perder, en el concepto de los sabios, del alto puesto á que parecía destinada en el reino de las letras. Estos extremos fueron, por un lado el estilo picaresco, y por otro el estilo sentimental. Los que tuvieron por conveniente seguir el primero de estos estilos, viéronse precisados á escoger, por lo regular, para sus cuadros, argumentos tan viles, personajes tan groseros, que todas las sales del ingenio no fueran bastantes á borrar la repugnancia que tales actores y tales escenas debían producir en el ánimo del lector. Los que, por el contrario, se propusieron reducir la novela al estrecho límite de una fábula de amor, y describir el sentimentalismo de una pasión exagerada luchando contra la adversidad, ó corriendo frenética hacia una perfección inconcebible, hubieron de fingir para ello una sociedad tan ideal, de escoger caracteres tan falsos y adoptar un lenguaje tan exótico y plañidero, que nos parecería increíble hoy, á no haberlo todavía alcanzado á ver, que tan soporíferas composiciones fuesen un tiempo autorizadas por la moda y leídas con entusiasmo.

La novela de costumbres contemporáneas, bastardeada ya de esta manera, y desacreditada en la república de las letras, por culpa de los

autores malignos ó sentimentales, hubo de ceder el cetro á la novela histórica, que la brillante pluma de sir Walter Scott trazó atrevidamente en nuestros días, abriendo un ancho campo, en donde los ingenios aventajados pudieran alcanzar nuevos laureles. Mas desgraciadamente para los que le siguieron, el descubridor de tan peregrina senda siguió por ella con paso tan denodado, que consiguió siempre dejar muy atrás á los que pugnaban por imitarle. Y estos, pretendiendo suplir con la exageración lo que les faltaba de ingenio, convirtieron muy luego en ridículas caricaturas, modelos por cierto más dignos de respeto.

¡ Suerte lamentable de los grandes ingenios, la de verse seguidos por infinita turba de serviles imitadores, los cuales, abultando los defectos y no acertando á reproducir las bellezas naturales de su modelo, llegan á hacer insoportable hasta el género mismo de composición que aquél supo inventar ó ennoblecer !

Hemos observado á la novela fantástica ceder al peso de su propia exageración; vimos á la novela de costumbres reducida al estrecho límite de una fábula de amor, ó prostituída hasta el inmundo lodazal de las cárceles y zahurdas. Vemos, por último, á la novela histórica de Walter Scott, ridículamente ataviada por sus imita-

dores con un falso colorido, desfigurando la historia con mentidas tradiciones; prohijando la afectada exageración de los libros caballerescos, y prestando á los personajes históricos que pretende describir, los atrevidos rasgos con que aquélla pudo realzar á sus héroes fabulosos; remedando á veces su estilo pomposo y recargado, y otras complaciéndose en dejar atrás la natural grosería de la plebe, en cuadros repugnantes por su absoluta desnudez.

La combinación, sin embargo, de estas dos clases de novela (siempre que aquélla se haga con el debido ingenio y filosofía), es la que promete, á mi entender, á este género de composición, una verdadera importancia y una gloria duradera. La novela, pues, para ser lo que la literatura quiere hoy que sea, ha de describir costumbres, ha de desenvolver pasiones, ha de pintar caracteres; si á estas condiciones generales añade la circunstancia de que las costumbres, los caracteres, las pasiones que describa, se enlacen naturalmente con los nombres históricos, vengan á formar el cuadro general de una época marcada en la historia de cada país, la novela entonces adquiere un valor sumo, y reune las más ventajosas condiciones del teatro, de la cátedra y de la historia.

Excusado es decir cuánta observación, cuánto

talento, cuánta buena fe se hacen necesarios para manejar debidamente un género que, por su verdad, su gracia y ligereza, viene á ser la lectura más popular en todos los países, el reflejo inmediato de toda sociedad. Excusado es encarecer los funestos resultados que del abuso de tan formidables armas pueden seguirse á la instrucción y la moralidad del pueblo. Demasiado lo vemos; harto los lamentamos; y en especial si, volviendo la vista á una nación vecina, hallamos, desgraciadamente, á un crecido número de ingenios, por cierto nada vulgares, sirviéndose de esta terrible palanca para derribar las opiniones recibidas hasta aquí como dogmas de moral indispensables á toda sociedad bien ordenada; pugnando por inspirar á la especie humana menosprecio de sí misma, incredulidad de lo pasado y desprecio é incredulidad hacia el porvenir; complaciéndose en exagerar el poderío del crimen, y hacer resaltar en contraste la flaqueza de la virtud; aspirando, en fin, á sublevar al hombre contra el hombre, á la sociedad contra las leyes, á las leyes contra la creencia religiosa.

Sí, señores; fuerza es repetirlo: á tal empeño, á tal formidable resultado, conspira hoy la novela en las plumas de los Hugos y Dumas, Balzac, Sand y Souliés; admiremos, señores, su peregrino ingenio y las galas abundantes de su

estilo; pero si estimamos en algo las costumbres austeras de nuestra patria, si participamos y respetamos de su creencia religiosa, si nos sentimos animados de un noble entusiasmo al poder expresar nuestras ideas en el armonioso lenguaje de Cervantes, no pretendamos imitar tan inmorales extravíos; describamos nuestra sociedad, por fortuna no tan estragada y petulante; estudiemos nuestros propios modelos; venguemos, señores, el carácter nacional y las costumbres patrias, ridículamente desfiguradas por los autores extranjeros, y demostremos á la Europa moderna que en este género de composición, así como en otros, la nación que vió nacer al *Quijote*, y para la que me prometo con fundamento reclamar algún día desde este sitio la gloria del *Gil Blas* [1], no renuncia tan fácilmente á aquellos magníficos recuerdos, y pretende conservar en las producciones de su literatura, aquel sello de originalidad, de filosofía y de ingenio, que un día las más aventajadas plumas extranjeras se esforzaron á imitar.

1 Según hemos oído en repetidas ocasiones á nuestro querido padre, más de una vez le indicó el P. Huerta que tenía noticia de que en el archivo de Simancas existían antecedentes bastantes para probar, á su juicio, que el autor del *Gil Blas* fué español; pero el viaje que pensaron hacer con tal intento á dicho archivo no se realizó.

Disimúleme ya la ilustre Academia, por haber abusado tan largo rato de su cortés atención; el deseo de discurrir sobre el ramo de la literatura á que me siento más inclinado, me habrá hecho quizás exceder los límites concedidos al que por primera vez tiene el honor de pisar este recinto. Quisiera, por lo menos, haber conseguido dar á mis ideas alguna claridad é ilación; pero la ilustración de tan respetable asamblea sabrá suplir la cortedad de mi ingenio , y disimularla por la pureza de mi intención.

¡Ojalá algún día, auxiliada mi débil pluma por el estudio y el amor patrio , pueda ofrecer á la Academia algún fruto que me haga merecedor del noble título con que anticipadamente acaba de honrarme!





DESPEDIDA DE CÁDIZ.

ODA.

MAJESTUOSO Occeáno, fuertes muros,
Ciudad ilustre, nobles ciudadanos,
Hijos felices de tan digna cuna,
Y vosotras también, bello ornamento
Del suelo afortunado que os sostiene,
Diosas de estos lugares de ventura,
Adiós quedad; desconsolado os dejo.
No ya mis ojos los alegres juegos,
Las bellas danzas, el reir gracioso
Alegres mirarán, ni apresurados
Recogerán las gracias celestiales
Del mirar vuestro; no ya mis oídos
Escucharán el seductor acento
Muy más süave que el murmullo grato

Del manso río, ó el cantar meloso
Del tierno ruiseñor enamorado.
No ya más, no; que la implacable suerte,
Torva la faz se me presenta, y quiere
Que de mi grata juventud los días
Entre zozobras y pesares corran.
Quiere que deje los alegres sitios
Do fui feliz, para llevarme.... ¿á dónde?
Ella lo sabe, y arrogante y fuerte
Me ordena obedecer; y yo, temblando,
Sigo la voz, y ni la débil mía
Oso elevar ni deshacer mis dudas;
Quizá el mar proceloso entre sus ondas
Me habrá de sepultar, ó arrebatarme
Tímido y contristado á otras orillas,
Si más hermosas, nunca tan felices;
Ó bien guiado por las turbias olas
Hacia el Betis seré, y el manso río
Me arrancará del mar á la bravura,
Y al seno bullicioso de su amada
Hispalis llevaráme, y sus riberas
Otra vez pisará mi planta incierta.
Quizá (mas ¡ay! que en el corazón mío
Apenas la esperanza halla cabida)
El natal suelo, idolatrado y bello,
Á pisar volveré, y las gratas voces
Oiré de los míos, y el aliento
Respiraré, primero de mi vida.

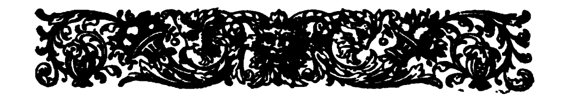
¡ Oh destino cruel! Tú que inconstante
Dispones de mis días, y envidioso
Los robas al placer, tórname luego,
Tórname pronto á do corrieron gratas
De mi niñez las inocentes horas;
No de otro modo los momentos dulces
Que en el recinto de la bella Gades
Complacido viví, y de sus primores
La agradable ilusión olvidaría,
Y otra vez en mi pecho los placeres,
La alegría, el amor, la bienandanza,
Á ocupar su lugar tornaran luego.
Lejos de sustos, de amistad cercado,
Fuera felice, y la memoria grata
De dichas tantas, la ventura haría
De mi dulce vivir, y, entusiasmado,
Los pasados instantes recordara
De júbilo y placer bañado el pecho.
Sí, deliciosos sitios; los encantos
Que el cielo os concediera, en mi memoria
Impresos quedarán, y al recordarlos,
Nunca los sustos, nunca los temores
Que en vosotros pasé, en el alma mía
Cabida lograrán, que solos, solos
Ocuparéis mi mente entusiasmada.
Adiós te queda, Gades; y vosotras,
De la hercúlea ciudad hijas felices,
Adiós también quedad; y bondadosas,

De amor y gratitud el fiel tributo
Acoged que os dirijo, y complacidas
Las palabras leed que en mármol duro
Grabara un día mi obediente mano.

«Aquí Clarisio, á quien la impía suerte
»De su patria arrancó, feliz ha sido;
»¡ Pueblo digno de amor ! Sólo la muerte
»Te borrará de un pecho agradecido.»
Vamos, barquilla débil, y las ondas
Atrevidos surquemos, que el destino
Así lo quiere, y déspota y tirano,
Mi razón débil con su voz humilla.
Vamos, barquilla, pues; vamos, barquilla.

1823.





CUENTO.

—

Diz que hace ya años prolijos
Había en cierto lugar
Un tío Martín Vagar,
Con una hija y nueve hijos.
Sentado entre todos ellos,
Se quejaba cierto día
De que no le permitía
Su miseria mantenellos.
El cura en esta ocasión
Por el diezmo acertó á entrar,
Y el bueno Martín Vagar
Dijo con resolución:
—«Entrad, señor cura, á ver
Los réditos, aunque extraños,

Que cobro todos los años
Del censo de mi mujer.
Diez he llegado á juntar;
Y pues ellos son mis rentas,
Ó yo no entiendo de cuentas,
Ó en uno os toca diezmar.»—

Al buen pastor le agradó,
Y dijo apartando la hija:
—«Cuide de esos, no se aflija;
Porque á esta la diezmo yo.»—





IMITACIÓN DE FR. LUÍS DE LEÓN.

Proseguid siendo tirana
Con el que humilde os adora,
Y de lo que hagáis ahora
Vos lamentaréis mañana.
Seguid siendo desdeñosa
Y caprichosa,
Que algún día el amor fuerte
Vos hará sentir la suerte
Que yo sufro lamentosa.

Cuando las gracias perdidas
Veáis, y las perfecciones
Que encendieron corazones
Miredes por siempre huídas;

Cuando el tiempo, que no para,
En vuestra cara
Haya imprimido su sello,
Querrá el vuestro pecho hacello
Lo que agora desdeñara.

Entonces enamorada,
Tanto como hoy sois esquiva,
Pensaréis tornar arriba,
Y preciaréis ser buscada;
Mas los mismos que obsequiosos
Y amorosos
Con vos andan este día,
Entonces, con burla impía,
Os mirarán desdeñosos.

Reparad, señora bella,
Que esos dulces atractivos,
Non siempre en vos serán vivos,
Nin siempre seréis estrella;
Ved que la humana belleza
Con presteza
Se pasa, y es no entendella
El no aprovecharos della
Cuando ostenta su riqueza.

Cuando un amador constante
Perdáis por vuestro desdén,

Creed lo que os digo bien,
Entonces seréis su amante;
Y si le véis ocupado
Y al lado
De otra hermosa, vuestro pecho
Llenaráse de despecho
Por haber la causa dado.

Y tal vez enamorada
Del que no os quiera querer,
Lleguéis en castigo á ser
Del que adoréis desdeñada:
Entonces sí que veréis
Y probaréis
Lo que yo he con vos sufrido;
Dudaréis cómo he vivido,
Y la razón me daréis.

¿Qué os vale el ser adorada?
¿Qué habéis con vuestros encantos?
¿Los corazones de tantos
Á qué robar despiadada?
¿Si después que ya vencidos
Y rendidos
Á vuestras plantas se miran,
En vano á mover aspiran
Vuestros cerrados oídos?

1825.



EL ESTRECHO DE GIBRALTAR.

DEL hondo seno de la mar bravía
Se alzaba el sol dorado, y generoso
Sobre el orbe sus luces derramaba,
Cuando el mar proceloso
En la barquilla mía,
Inquieta el alma, tímido surcaba.

Tiendo la vista por el ancho Occeano,
Y el cuadro hermoso que encantado admiro,
De célico placer me llena el pecho:
Y cuanto más le miro,
Más le hallo soberano,
Que es sin igual el Gaditano Estrecho.

De entrambos mares las violentas olas
Miro chocarse, y al impulso fiero
Deshacerse en espuma convertidas,
Y el viento placentero,
Ya las dirige solas,
Ya las impele á un lado reunidas.

Veo de un lado la escarpada peña
De mil muertes preñada, do el Britano,
Una de sus columnas fuerte mira;
Veo cómo domeña
Los mares, y la mano
Tiende al Olimpo y á igualarle aspira.

No fué victoria, no; traición impía
Fué del inglés el arma reprobada
Para pisar de Gibraltar la arena;
En guerras ocupada
La España ¡oh villanía!
Llegó el Bretón, y allí plantó su enseña.

Deja el pecho escapar un ¡ay! doliente;
Vuelvo los ojos al opuesto lado,
Y siento una alegría bienhechora
Al mirar desplegado
Del Español valiente
El estandarte entre la gente mora.

Sí, vedlo allí, en la cúpula elevada,
Allí do Ceuta está; do el malo gime
Al peso de sus culpas oprimido.
¡Ah! nunca el sol anime
En tan fatal morada
Al inocente triste y perseguido.

Corre, vuela, barquilla bienhechora;
Pronta me lleva á do el quejido triste
Del padecer no hiera mis oídos;
Mi pecho no resiste,
Y con aquel que llora,
Llora también el ánimo afligido.

Mas ¡ah cruel! ¿qué hiciste? ¿dó me llevas?
¿Hacia aquel mar de sangre? ¡Qué! ¿Mi pecho
Podrá sufrir las tristes emociones?....
Mira que su despecho
Y su pesar renuevas;
Mira cruel que enciendes sus pasiones.

Te veo ¡oh Trafalgar!; tus ondas miro
De héroes sin fin, honrosa sepultura,
Al cielo alzar la ensangrentada cumbre,
Y lleno de amargura
La vista te retiro,
Y abro el pecho á la negra pesadumbre.

No, tu nombre no es sólo de desgracia,
Que es de gloria también, y complacido
Puede mirarte el que Español se llama,
Al contemplar vencido
Con sin igual audacia
Al que por héroe la Inglaterra aclama.

Pero ya de Tarifa las murallas
Veo, y el pecho en pena sumergido
Vuelve á entregarse á súbita alegría;
Recuerda al atrevido
Que en sangrientas batallas
Hizo al moro sentir su bizarría.

¡Generoso Guzmán! Tu nombre puro
En vano aquel aniquilar quería,
Cuando inmolaba al inocente niño
Y tu pecho ofrecía
El holocausto duro
Al patrio amor del paternal cariño.

Alta Gades, tus muros ya diviso;
Ya tus encantos hieren mi memoria,
Y ya gozoso á tus orillas vuelo;
Ya la sangrienta historia
Huye de mí; ya piso
La España amada, de los bravos suelo.

Calpe, Taspe, montañas celebradas
Do *Non plus ultra* un Hércules decía,
Hasta que el gran Colón le desmintiera:
La débil lira mía
Es ruda y destemplada,
Y cantar de vosotras no debiera.

1823.





EN LA MUERTE DE CAROLINA.

(Imitación de Fr. Luís de León.)

ALMA celeste y pura
Que en el empíreo cobras nueva vida:
¡Cuánto en fiera amargura
Con tu cruel partida
Dejas ¡ay! á la mía sumergida!

¿Para qué te miraron
Los ojos? Los oídos cariñosos,
¿Para qué te escucharon?
¡Momentos venturosos,
Que cual fugaz relámpago volaron!

Si en el oscuro suelo
No había para ti digna morada,
¿Por qué dejaste el cielo?
¿Por qué nos fué acordada
Tu luz, para después sernos robada?

Aguarda, tente, espera;
No abandones el cuerpo vuelto hielo;
No dejes ¡ay! la esfera;
No remontes el vuelo;
No te disfrute aún el alto cielo.

¡Cruel! ¿No das oídos
Al deseo del alma que te adora?
¿No escuchas los gemidos
Del que tu ausencia llora,
Del que espera tu voz encantadora?

¿Dó estás, bella sirena,
Que el corazón llenabas de alegría?
¿Dó tu canto resuena,
Aquel que sonó un día
En lo más interior del alma mía?

¿Qué los amantes ojos,
Las gracias de tu boca, qué se hicieron?
En míseros despojos
De muerte se volvieron,
Aquellos que otra vez tanto lucieron.

¡Oh! Vuelve, vuelve, hermosa;
Vuelve á mostrar tus gracias cual solías;
Vuelve á ser cariñosa,
Y de mis tristes días
Á disipar las fieras agonías.

Mas ¡mísero!.... ¿qué digo?
¡Dichoso aquel que el alto firmamento
Ocupara contigo,
Y el mundanal tormento
Viera tranquilo, del sublime asiento!

¡Felice tú, señora,
Que en el celeste puerto apetecido
Miras nacer tu aurora!
Yo, solo, sin sentido,
En la noche del mundo estoy perdido.

1824.





SOBRE LA INCONSTANCIA

DE LA SUERTE DE LOS HOMBRES.

Á MI AMIGO D. ENRIQUE VEDIA.

SONETO.

MUEVE su rueda la fortuna insana,
Y al que ayer prodigaba sus favores,
La adusta faz hoy muestra de rigores,
Y torna á serle plácida mañana.

Así, ¡ oh mi Enrique!, la carrera humana
Pasa inconstante en risas y dolores,
Y hay quien fía en sus fatuos esplendores,
Y hay quien sucumbe á su crueldad tirana.

Pero el mortal á quien razón severa
Su antorcha le prestó, vive dichoso
Sin prodigar la risa ni el gemido;

Lo falaz de la vida considera,
Y halla ser ilusión, sueño engañoso,
Lo que será, lo que es, y lo que ha sido.





EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA E. S.

LA divina poesía,
La música encantadora,
La pintura creadora,
El amor y la amistad,

Reuniendo su armonía
En merecido tributo,
Te brindan, Elisa, el fruto
Que les dicta tu beldad.

Abre de tu Álbum las hojas,
Y, de adulación ajenas,
Veráslas muy pronto llenas
De cantos en tu loor.

Que sin pena ni congojas
Fácilmente se formaron,
Pues tus gracias inspiraron
El laud del trovador.

Yo, ¡triste!, á quien el estrago
De la edad con sus rigores,
Rehusa ya los favores
De la lira y del pincel,

No pudiendo con su halago
Adornar tu libro hermoso,
Sólo un nombre cariñoso
Te puedo ofrecer en él.

Mayo 9, 1873.





ODA.

No llegará, tirana,
El día en que tu pecho empedernido
Ablandes, y que humana
Al ánimo afligido
Vuelvas la paz que por tu causa ha huído?

Cede la piedra dura
Al continuo chocar; el amarillo
Oro, la faz oscura
Cede, y muestra su brillo
Al repetido golpe del martillo.

La terrible muralla
Vence la mar con su azotar constante;
Las fieras avasalla
El hombre, y penetrante
Arranca al hondo piélago el diamante.

Sólo tú, muy más fiera
Que el oro y que el diamante empedernido,
Resistes altanera
Y cierras el oído
Al eco de tu amante repetido.

Días y días vuelan,
Y tus constantes ásperos desdenes
Al triste desconsuelan;
Los tus amantes bienes
¡Qué ocultos! ¡qué negados ¡ay! los tienes!

¿Qué sirve la hermosura,
Qué te valen los dones que tan grata
Te concedió natura?
¿Qué sirve en una ingrata
La dulce risa, la color de plata?

¿Qué sirven esos ojos,
Alegres y serenos como el cielo,
Sino á causar enojos
Cuando para consuelo
De los mortales los lograra el suelo?

En vez de los favores
Que promete tu cara engañadora,
Tan sólo de rigores
La haces derramadora,
Y ¡ay infeliz del que su encanto adora!

Infeliz del que llega
Fiado en su atractivo y su dulzura;
Infeliz del que llega,
Que á muerte va segura
Cuando conozca que eres peña dura.

Yo ¡mísero! engañado
Á llegar me atreví al objeto hermoso,
Y me senté á tu lado;
Pero volví lloroso
Al escuchar tu acento rigoroso.

Mas, por desgracia mía,
Cuanto más te me escondes y desdeñas,
Cada hora, cada día,
Más y más me despeñas;
Más con tu amor ¡ingrata! me domeñas.

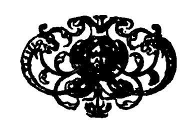
Y á tal punto ya llega
El duro estado de mi dura suerte,
Y á tal horror me entrega,
Que buscaré la muerte,
Por si en ella consigo enternecerte.

Quizá entonces movido
Ese tu corazón desapiadado,
Será reblandecido,
Y de piedad tocado
Pesarále tal vez no haberme amado.

Pues si sólo mi vida
Impide que mi ingrata rigorosa
Me atienda conmovida,
Ven pronto, muerte hermosa,
Y acaba ya la situación penosa.

Tal vez reanimado
Me tornara al vivir si la sentía
Cabe mi cuerpo helado,
Y entonces de alegría
Otra vez ¡cuán dichoso! moriría.

1826.





ÍNDICE.



PRECIO: 1 PESETA.